

destinaron á recompensar á aquellos que habían servido bien la causa real: Juan Maillart y los suyos fueron los que obtuvieron la mejor parte; Pepino des Essarts entró en el Consejo; Juan de Dormans, que, como canciller de Normandía, había asistido al regente en los momentos más difíciles, recibió las tierras de Esteban Marcel en Brie. Los oficiales que habían sido destituidos fueron repuestos. En 28 de mayo de 1359, con el concurso y aprobación de los Estados generales que él convocó, el regente restituyó los honores, cargos y sueldos á los veintidós oficiales que habían sido perseguidos por los Estados de 1356 y de 1357. Pedro de Orge mont volvió á ser presidente del Parlamento. Los hermanos Braque, provistos de indultos completos, volvieron á emprender sus operaciones financieras. Juan Poilevilain se hizo rogar para aceptar el cargo de soberano maestro y gobernador general de las monedas. Del gran movimiento iniciado en 1355 parecía que no quedara nada. El fracaso miserable de dos conspiraciones parisienses descubiertas á fines de octubre de 1358 y en diciembre de 1359 probaron que todo estaba completamente terminado.

¿Por qué se perdió el grande y penoso esfuerzo de aquellos años? ¿Y cómo se explica que las faltas y las desgracias de la realeza no valieran al reino el establecimiento de las libertades públicas?

A pesar de las faltas y de las desgracias, el prestigio de la realeza continuaba siendo muy grande, y su fuerza ideal, superior á todo. El pueblo no había sufrido de ningún modo por el progreso del poder real; al contrario, había ganado más seguridad, más justicia y más libertad civil. Se había visto que dicho poder no había seguido á los nobles en su reacción de 1314 á 1317. El pueblo amaba á su rey, hasta al rey Juan, á quien estaba agradecido por haberse batido bien en Poitiers. Si la guerra había sido desastrosa, si el dinero había sido mal empleado, si tantas infamias y tantos crímenes se habían cometido, la culpa era de los malos consejeros; no había más que castigarlos y dar al rey otros que fueran buenos.

Además el ataque contra el poder real fué mal conducido y mal sostenido. No hubo verdadero acuerdo entre los órdenes en los Estados; los órdenes deliberaban separadamente. Es verdad que en octubre de 1356 obtuvieron el permiso de «hablar juntos,» y que para dirigir sus trabajos nombraron una comisión única, elegida entre el clero, la nobleza y el tercer estado; pero ninguna comunidad de sentimientos ni de intereses unía á los tres órdenes. Los Estados estipulaban cuidadosamente que ningún orden pudiera quedar obligado por la decisión de los demás; cada uno trabajaba para sí. Muy pronto toda la nobleza y casi todo el clero se retiraron de las asambleas. Por otra parte, la vida provincial era todavía muy intensa. Parecía que hubiera dos Francias: la del Norte y la del Mediodía, y en la Francia del Norte había provincias que pensaban antes que todo en ellas mismas, y trataban aparte, sin cuidarse de las demás. Los Estados generales intentaron ciertamente prohibir los Estados provinciales, pero no lo consiguieron. Ni aun las ciudades llegaron á unirse entre sí: apenas se encuentra en el movimiento á algunos burgueses de Ruán, de Abbeville, de Amiéns y de Sens al lado de los parisienses. La caperuza roja y azul

no fué aceptada más que por un pequeño número de municipios, como Amiéns y Laón. Finalmente, París, en la división y en la desbandada creciente de los Estados, no tuvo la autoridad de una capital política en un país que tenía entonces tantas capitales. Francia no era como la Inglaterra de aquel tiempo, pequeña, ordenada y homogénea; era vasta y diversa.

¿Qué ocurrió en resumidas cuentas? Repetidas veces el rey pidió dinero á los Estados, que se aprovecharon de ello para presentar peticiones y poner condiciones á sus subsidios; las peticiones el gobierno las transformó en ordenanzas. Se comprometió á reformar sus consejos, su administración, su justicia, su moneda; permitió á los Estados que se reunieran varias veces en un mismo año y que administraran ellos mismos los subsidios que votaban. Para nada abdicó, de una manera clara y definitiva, de la autoridad real: pero no se concertó ningún contrato duradero, ni se redactó ninguna carta ó estatuto solemne. Para dar á Francia una constitución política hubieran sido precisos hombres capaces de concebirla y una opinión capaz de exigirla y de mantenerla. Ni una ni otra de estas condiciones existían en el siglo XIV; faltaba, sobre todo, la segunda.

### CAPÍTULO III

#### EL TRATADO DE CALAIS (1)

I. Resistencia á los ingleses y á los navarros.—II. Paz con Inglaterra.—III. Vuelta del rey y ejecución del tratado.—IV. Las Compañías.—V. Los últimos días del rey Juan.

#### I.—Resistencia á los ingleses y á los navarros (2)

En el momento en que el delfín restablece su autoridad en París, el reino se encuentra más que nunca trabajado por la guerra inglesa, que continúa á pesar de la tregua de Burdeos, y por la «Navarrería,» como se llamó á la guerra que Carlos *el Malo* va en lo sucesivo á seguir abiertamente.

Los enemigos están en todas partes: «Y parecía, dice el cronista normando Pedro Cochón, que jugasen á parejas.» París está como sitiado por los ingleses y los navarros de Saint-Cloud, de Poisi, de Pontoise, de Creil, de Lagni y de Melún. Todas las grandes vías que conducen á la ciudad están cortadas, sobre todo las corrientes de agua por donde pasan las mercancías. Al Este, en las plazas fuertes de la Brie y de la Champaña, se encuentran ingleses, navarros, italianos, españoles y alemanes. Algunas bandas se pasean hasta los alrededores de Sainte-Menehould y de Chaumont y en los obispados de Verdún y de Langres. Unos ingleses, venidos de Bretaña bajo las órdenes de Roberto Knolles, después de haber pasado cerca de Orleáns, atravesaron la

(1) FUENTES.—Véanse las fuentes indicadas en la pág. 434. Además, Cosneau, *Les grands traités de la guerre de Cent Ans*, 1889. Varin, *Archives administratives de la ville de Reims*, III, 1848. *Thalamus Parrus*, «Société archéologique de Montpellier,» 1836.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Secousse, *Mémoires pour servir à l'histoire de Charles le Mauvais*, 1758. S. Luce, *La jeunesse de Bertrand du Guesclin*, 1876, y *La France pendant la guerre de Cent Ans*, 1890-1893. Chérest, *L'Archiprêtre*, 1879. Coville, *Les Etats de Normandie au XIV<sup>e</sup> siècle*, 1894. Denisse, *La guerre de Cent Ans et la désolation des églises*, 1899.

Puisaye, se detuvieron en Borgoña, saquearon Auxerre, exigiendo después un rescate, y finalmente se quedaron en las cercanías de dicha ciudad. Otras bandas explotan el Soissonnais, la Picardía y el Ponthieu; ocupan todo el país, desde Chaumont en Vexin, Creil y Clermont hasta Abbeville, Rue, el Crotoi y Montreuil; pero no tomaron Amiéns. Sin embargo, ningún país es más desgraciado que la Normandía: al Norte del ducado, los navarros desbordan de la Picardía; en el centro, Ruán está amenazado; el valle del Sena, de Mantes á Pont-de-l'Arche, los del Itón y de la Risle están en poder de los navarros. El país llano no es más que un mosaico de fortalezas reales, navarras, inglesas, especialmente en el Cotentin. Los ingleses son dueños de Calais y de sus alrededores; están como en su casa en una gran porción de la Bretaña; desde la batalla de Poitiers circulan libremente en Rouergue, en Querci, en Angoumois, en Saintonge, en Limousin, en Poitou, en Turena, en Berri y hasta en Auvernia. Las tres cuartas partes del reino son presa de las gentes de guerra.

A la cabeza de estas bandas están jefes como Roberto Knolles, un antiguo tejedor de origen alemán, armado caballero después del saqueo de Auxerre, que hace la guerra por su cuenta y se enriquece con ella; Eustaquio de Auberchicourt, caballero de Hainaut, «joven, enamorado y duramente emprendedor,» que «amaba muy lealmente por amor á una dama del más alto linaje de los cristianos, por lo que valía más en armas,» después el inglés James Pipe, el bretón Folco de Laval, el alemán Frank Hennequin, el lorenés Brocard de Fénétrange, Juan de Neuchâtel, el franco Condado, el galo Jaime Wyn, llamado «el Perseguidor de amor,» el gascón Bertucat de Albret, el español Garciot del Castel, etcétera.

Las gentes de armas que guarnecían las plazas fuertes por cuenta del delfín no eran casi menos temibles que los enemigos; á menudo era tan peligroso ser defendido como ser invadido.

Para libertar al reino, el regente no tenía armas ni dinero. En la primavera de 1358, los Estados de Champaña y luego los Estados de Compiègne se habían mostrado bastante generosos; pero los subsidios, que por lo demás fueron muy mal pagados, quedaron absorbidos por el sitio de París. Después de la caída de Marcel, la ciudad de París ofreció pagar diferentes tributos; pero este ejemplo no fué secundado. Los subsidios concedidos en Normandía no pudieron cobrarse á causa de la presencia de los enemigos y de la resistencia de los habitantes. En los Estados de mayo de 1359, en París, se trató de un nuevo subsidio general; nobles, clérigos y buenas ciudades demostraron la mejor voluntad; pero los países de Langüedoil eran tan miserables que lo recaudado fué insignificante. El Langüedoc había encontrado recursos; pero éstos habían de emplearse en el mismo país. El regente acudió entonces á las alteraciones de moneda: en diez y siete meses, desde el 17 de octubre de 1358 hasta el 27 de mayo de 1360, hubo veintidós variaciones: el valor de la libra toronesa, deducido de las especies de moneda, cayó hasta lo más bajo, á o francos 41; en la acuñación del marco de plata, el regente ganó hasta 46 libras. Pero la mayor parte de las veces este beneficio fué ilusorio, porque el precio del marco de plata subió desmesuradamente; lo

que se ganaba por un lado se perdía por el otro. De cualquier parte adonde volviera la mirada, el delfín no tenía casi nada que esperar.

Hasta el verano de 1359, á falta de operaciones de conjunto, que la carencia de dinero hacía imposibles, fué preciso limitarse á la defensa local. «Hubo muchas escaramuzas y pequeños encuentros por todo el reino de Francia. Se enviaron comisarios para visitar las fortalezas y hacer armar á los habitantes. Se invistió de poderes á tenientes y capitanes, para reunir en los lugares á los hombres de armas que pudiesen encontrar, celebrar asambleas locales, exigir el dinero indispensable, dirigir las hostilidades, según las necesidades de cada día. El regente se vió obligado algunas veces á tomar como tenientes á jefes de bandas, que valía más tener á su favor que en contra, pero que eran extraños servidores: así, por ejemplo, en el Nivernais y en el Berri, el llamado Arnaldo de Cervole, de Perigord, antiguo arcipreste de Velines, convertido en capitán de bandidos, que no prestó ningún servicio positivo, se rodeó de hombres de armas y de mercenarios reclutados entre los ingleses y los navarros, entró en Nevers como en plaza conquistada, hizo ejecutar á los principales habitantes y exigió rescate á los demás. Por fortuna el regente encontró mejores auxiliares, como Moutón de Blainville y el Baudrain de la Heuse en Normandía, el obispo de Troyes, en Champaña, y en los confines de Bretaña un simple jefe de partidarios, Bertrán du Guesclin, capitán de Pontorson.

Es admirable la actividad que éstos desplegaron. El delfín no tenía armas ni dinero; sin embargo, se combatió y se hizo frente al enemigo. Es que la defensa local fué la obra, no sólo de algunas compañías de hombres de armas, sino que también de todo el pueblo. En Champaña, «los de Troyes» ayudan á su obispo á derrotar á Eustaquio de Auberchicourt. «Los municipios de las buenas ciudades» toman parte en el sitio de Saint-Valeri, ocupado por los ingleses; acudió gente de Tournai, de Boulogne, de Arrás, de Hesdins, de Doullens, de Abbeville y de Amiéns. Algunos burgueses de Ruán, conducidos por el capitán de la villa, Jaime *el Gavillero*, fueron á reunirse con ellos. Se echan sobre los ingleses, á quienes una capitulación benigna ha dejado salir de la villa, y matan á trescientos. En el ataque de Longueville figuran, al lado de los nobles del país, los burgueses de Ruán, quienes forman «la más bella compañía que de más de cien años atrás haya salido de Ruán.» La campiña, en los alrededores de Caen, era inhabitable: fortalezas anglo-navarras rodeaban la ciudad: los habitantes pusieron en juego para libertarse una obstinación y una valentía admirables. Todo se hizo, como dice un cronista que bien pudo ser un testigo ocular (1), «por las gentes de armas que estaban al servicio del regente, y otras del país que no eran asalariadas, y muy valientemente se portaron los del país en aquel tiempo.» Los oficiales del rey en Caen, el comisario general de los subsidios, el capitán y el baile de Caen no tuvieron más que dirigir las buenas voluntades. El antiguo municipio tuvo entonces como una especie de renacimiento. Cuando se trató de tomar Creully á los ingleses, los hombres de armas de Caen y los

(1) *Chronique Normande*, edición Molinier, págs. XV y 122.

aldeanos del Bessin se mantuvieron firmes al lado de las tropas reales. En dos años se recuperaron la mayoría de las plazas fuertes, y el país quedó libertado en las tres cuartas partes.

En Reims, los habitantes desconfiaban de su arzobispo, de quien tenían el concepto de no ser valiente ni seguro y que era pariente del rey de Inglaterra. Contra la voluntad del mismo se pusieron en estado de defensa. En tiempo de la Jacquerie, habían ocupado el castillo durante una ausencia del prelado; seis burgueses habían sido elegidos para «cuidar de las obras y otras necesidades, seguridad y defensa de la villa,» con facultad de exigir por apremio el dinero necesario para los trabajos, armar y desarmar á quien les pareciese, expulsar á los forasteros y abrir todas las cartas. Los de Reims pidieron al delfín un capitán, que él les envió, y el arzobispo consintió en abandonarles la defensa de su castillo. Se levantaron murallas provistas de torres del lado de la ciudad, donde no había más que simples fosos; los burgueses gastaron en estas obras 72.280 escudos. Durante el verano de 1359 se atrevieron á salir de las murallas; escoltados por algunos nobles del país, se dirigieron con «dos máquinas de guerra por batería» á reconquistar de poder del enemigo el castillo de Rouci. Pero lo que hubo quizás de más notable fueron las alianzas que Reims concertó con las villas vecinas: Reims y Châlons se unieron para «vergüenza, confusión y daño de los enemigos;» las dos villas se prometen un socorro recíproco de sesenta «espadas.» Entre Reims y Reims y Reims se conviene que cesará todo disentiendo; en común se protegerán las campiñas; se colocarán guardias en los campos á fin «de confortar á las buenas gentes del país llano para que las tierras puedan ser labradas, trabajadas las viñas, circular las mercancías y llevarse los víveres de uno á otro país pacíficamente.»

Un hijo de aldeanos, el carmelita Juan Fillón de Venette, nos refiere un episodio que ocurrió en su mismo país. Longueil-Sainte-Marie era una aldea situada á orillas del Oise, no lejos de Creil, donde estaba instalada una banda inglesa. Para ponerse á cubierto de los enemigos, los habitantes obtuvieron del abad de Saint-Corneille de Compiègne el permiso de establecerse en un casar de la aldea, rodeado de una simple muralla con una puerta fortificada, provista de un foso. Algunos aldeanos de los alrededores se les unieron; de modo que, en conjunto, eran «en número de doscientos buenos labradores que ganaban su pobre vida con el trabajo de sus manos.» Uno de ellos, un alto y fuerte mocetón, Guillermo l'Aloue, fué elegido capitán. Fué secundado por otro aldeano, «que le obedecía, por decirlo así, como un caballo, y que era de una increíble fuerza de riñones y de miembros, bien formado, ancho de espaldas y muy alto de talla, y además lleno de energía y de audacia, llamado el Gran Ferré.» Ningún noble era admitido entre esas buenas gentes, aunque fuera para refugiarse una noche en su casar.

Los ingleses quisieron apoderarse de aquel refugio. Un día entraron en él por sorpresa. Pero los «pobres hombres de los campos» se defendieron lo mejor que pudieron, porque pensaban «que valía más morir defendiéndose mano á mano contra sus enemigos, que ser quemados ellos, sus mujeres y sus hijos en el casar.» El Gran Ferré mató él sólo á diez y ocho ingleses. Los

enemigos fueron rechazados del patio del casar, y después del recinto. Como Guillermo l'Aloue fué herido y murió la misma noche del combate, se eligió otro capitán. Los ingleses volvieron otro día en mayor número; pero el Gran Ferré, con sus brazos de gigante y su hacha de hierro que él solo podía manejar, hizo maravillas y gran mortandad: más de ciento cincuenta enemigos murieron en el combate, y todos los prisioneros, menos uno, fueron ejecutados. Exhausto de fuerzas de resultas de esos combates, Ferré tuvo que marchar del casar para retirarse á su cabaña. Mientras estaba en cama, tiritando de fiebre, unos ingleses fueron á prenderle; mató á cinco de ellos y puso en fuga á los demás. Pero «se había excitado á fuerza de dar golpes; bebió agua fría en abundancia, de suerte que la fiebre le repitió con más intensidad. Los accesos redoblaron con gran violencia, y el Gran Ferré, pocos días después, recibió los sacramentos y murió. Le enterraron en el cementerio de su aldea, y fué muy llorado de sus compañeros y de todo el país.» Los aldeanos de Longueil resistieron con éxito hasta la paz. Así es como, un poco en todas partes, la necesidad de defenderse y el odio contra los ingleses preparaban el sentimiento nacional. El patriotismo va á nacer en la pena y el dolor.

Esta actividad y esta energía en la resistencia permitieron al regente rechazar una paz vergonzosa, que quería concertar el rey Juan. En 24 de marzo de 1359 se había convenido un proyecto de tratado entre Juan y Eduardo; éste se adjudicaba toda la Saintonge, el Angoumois, el Limousin, el Poitou, el país de Cahors, el Perigord, Tarbes y los condados de Bigorra y de Gaurre, el Agenais, la Turena, el Anjou y el Maine, la Normandía, Montreuil y su condado, el Ponthieu, los condados de Guines y de Boulogne, la tierra alrededor de Calais, todo esto para ser poseído por los reyes de Inglaterra en plena soberanía; además la Bretaña pasaba á ser un feudo de Inglaterra. Y no contento con entregar la mitad de Francia, Juan debía pagar un rescate de cuatro millones en monedas de oro con escudo, que representaban un valor intrínseco de más de cuarenta y seis millones y medio de francos.

El regente, desde que conoció este proyecto, resuelto á no aceptarlo, convocó á los Estados generales para el 19 de mayo en París. En aquel momento la guerra assolaba todo el país; los caminos eran peligrosos; así el 19 de mayo los diputados eran escasos y fué preciso esperar hasta el 25. Aquel día el regente se colocó sobre la escalinata de mármol del palacio. Delante de los miembros de los Estados y del pueblo de París, á quien se había permitido entrar, Guillermo de Dormans, abogado del rey en el Parlamento, dió lectura de aquel proyecto, «cuyo tratado fué muy desagradable á todo el pueblo de Francia. Y después que hubieron deliberado, respondieron al regente que el tratado no era pasable ni hacedero, y por esto ordenaron hacer buena guerra á los ingleses.» En 2 de junio, los nobles prometieron servir un mes á sus expensas y pagar los mismos impuestos que las buenas villas; el clero se obligó á dar lo que darían los dos otros órdenes; las villas pusieron algunas dificultades, pero tuvieron que ceder ante la necesidad.

Con los débiles recursos que le proporcionaron los Estados, el regente emprendió la tarea de acabar con

la guerra navarra. Dirigió su principal esfuerzo contra Melún, que cerraba el Sena por la parte superior y amenazaba á París. La plaza estaba bien mandada por capitanes navarros, y en ella se habían refugiado tres princesas de Navarra: la viuda de Carlos IV, la de Felipe VI y la reina regente de Navarra. El regente comenzó el sitio en 18 de junio. En su pequeño ejército estaba Du Guesclin; este caballero de Bretaña, que aún no había servido al rey más que en una capitánía lejana, fué uno de los héroes del sitio; un día subió solo hasta lo alto de la muralla para desafiar á un capitán navarro. Pero antes de que la ciudad capitulase se había hecho la paz entre el regente y Carlos el Malo.

El regente se había decidido á hacerla porque el reino estaba amenazado de una nueva invasión inglesa; y el rey de Navarra, porque en los preliminares de Londres Eduardo III le había abandonado. Se convino, en el tratado que se concertó en las cercanías de Mantes, que Carlos el Malo recobraría todos sus dominios; además recibiría doce mil libras de renta en tierras y una suma de seiscientos mil escudos, pagadera por anualidades, mediante que renovaría su pleito homenaje; Blanca de Navarra cedería Melún al rey á cambio de tierras en Normandía. Para la ratificación definitiva los dos príncipes se encontraron en Pontoise el 19 de agosto; se instalaron en el castillo de Pontoise; cenaron juntos y se acostaron en cuartos inmediatos. El rey de Navarra declaró, en 21 de agosto, delante del pueblo de Pontoise, reunido á petición suya en el castillo, que estaba pronto «á trabajar con todas sus fuerzas para liberar el reino.» Después de lo cual los dos príncipes entraron en París. El navarro fué recibido con mucha frialdad por los parisenses, que de él habían conservado mal recuerdo. El regente le instaló en el Louvre, le obsequió, le «honró muy grandemente» y hasta concedió gracias á sus consejeros, lo que escandalizó á los viejos servidores del rey Juan y no impidió que los navarros se quedasen en Melún y que se apoderasen por asalto del castillo de Clermont-sur-Oise. Más tarde, en el mes de diciembre, se descubrió en París una conspiración navarra; en ella habían entrado todos los restos del partido de Marcel. El convenio no era, pues, más que una tregua; Carlos el Malo continuaba siendo un enemigo.

## II.—Paz con Inglaterra (1)

La tregua concertada en Burdeos había terminado hacia la Pascua de 1359. Y como el tratado convenido en Londres con el rey Juan había sido rechazado por el regente y el pueblo de París, los ingleses volvieron á empezar la guerra. En 1.º de octubre, el duque de Lancaster desembarcó en Calais, donde estaba reunido un ejército de mercenarios. Como el rey Eduardo no debió llegar hasta un mes más tarde, el duque los llevó á sa-

(1) FUENTES.—Martène, *Thesaurus novus anecdotorum*, I, 1717. Rymer, *Fœdera... inter reges Angliæ et alios quosvis reges*, edición de La Haya, II, 1739. Cosneau, *Les grands traités de la guerre de Cent Ans*, 1889.

OBRAS DE CONSULTA.—E. Molinier, *Etude sur la vie d'Arnoul d'Andréhem*, 1883. Denifle, *La guerre de Cent Ans et la désolation des églises de France*, I, 1899. Moranvillé, *Le siège de Reims*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», LVI, 1895. Petit-Dutaillis et Collier, *La diplomatie française et le traité de Brétigny*, «Le Moyen Age», segunda serie, I, 1897.

quear la Picardía. En 28 de octubre, Eduardo III descendía en Calais, donde no estuvo más que algunos días.

Con un mal otoño, con los caminos llenos de agua, con los ríos desbordados, á través de un país exhausto, despoblado, se puso en marcha hacia Reims, donde quería hacerse coronar rey de Francia, contando con la complacencia de su pariente, el obispo Juan de Craón. Su ejército le hacía las veces de un cortejo de fiesta. Las «batallas» (cuerpos de ejército) se sucedían unas á otras, «tan noble y ricamente adornados grandes y pequeños, que era placer y diversión el mirarlos.» Detrás de la «batalla» del rey iba el acarreo «con los mejores tiros que nunca se habían visto salir de Inglaterra, que ocupaba una extensión de dos leguas francesas y aún más, y en el que se llevaban todas las cosas que se podían imaginar, de las que se tiene necesidad en hueste y en país de guerra y que antes nunca se habían visto, como molinos de mano y hornos para cocer pan.» Había hasta canoas de cuero hervido para pescar en los estanques en tiempo de cuaresma; y el rey tenía una gran montería de treinta halconeros á caballo y dos grandes jaurías de sesenta pares de perros.

A esta invasión, los franceses, instruídos por la experiencia, opusieron una nueva táctica; se abandonó el país llano; los habitantes con sus muebles se encerraron en las plazas fuertes. No hubo ejército en el campo, pero fuertes guarniciones defendían los castillos y las ciudades fortificadas. Eduardo III llegó delante de Reims en 4 de diciembre de 1359, sin haber sostenido un combate ni tomado un castillo. Es probable que los ingleses habían creído entrar en Reims sin dificultad; pero viendo á sus habitantes resueltos á defenderse y bien armados, renunciaron á atacar la villa. Los cuerpos del ejército inglés se alojaron en los alrededores. Los señores ingleses pasaron el tiempo visitán-  
1360  
dóse, invitándose á comidas copiosas y haciendo correrías. Al cabo de un mes, el 11 de enero de 1360, Eduardo III se marchó, no sabiendo qué hacerse ni dónde dirigirse.

Buscó para pasar el invierno un país menos desolado que la Champaña, y se encaminó á la Alta Borgoña, donde Roberto Knolles había ya llevado á los ingleses y había reunido mucho dinero. En los meses de febrero y marzo, el ejército inglés inverna cómodamente sobre el Armançon, el Yonne y el Serain. Los borgoñones de allende los montes, temiendo la llegada de los ingleses á su rico país, que hasta entonces había permanecido indemne, enviaron á toda una diputación para librar al ducado de una invasión inglesa. Eduardo, que nunca había tenido la intención de pasar más allá de la Côte d'Or, les exigió un fuerte rescate; prometieron dejar circular libremente á los ingleses, cuidar á los enfermos del ejército, no abrir con ningún pretexto las cartas del rey de Inglaterra, reconocerle por rey de Francia si se hacía coronar en Reims en presencia de los pares, é interin pagarle la enorme indemnización de 200.000 moutons en oro (11 de marzo de 1360). En París se dijo que la nobleza de Borgoña, al aceptar este trato, se había deshonrado para siempre. Por fin, en la segunda quincena de marzo, habiendo vuelto el buen tiempo, el ejército inglés se puso en marcha hacia París, obstruído, embarazado con su impedimenta, que se componía en-